

ESCUELA NACIONAL DE JURISPRUDENCIA.

CONFERENCIAS ESCOLARES.

DERECHO CIVIL.—EL ERROR COMO CAUSA DE NULIDAD DE MATRIMONIO.

DISERTACIONES LEIDAS POR LOS SEÑORES
DON MANUEL BORJA Y DON MANUEL SANCHEZ GAVITO EN LA CONFERENCIA DE 7
DE SEPTIEMBRE DE 1892.

SOLO EL ERROR SOBRE LA PERSONA FISICA ES CAUSA DE NULIDAD.

I

Una de las cosas que más ha preocupado al mundo jurídico desde la época de los Romanos, es el matrimonio. El Derecho Canónico, conociendo toda la importancia de esta institución, la elevó al rango de sacramento, esforzándose en dejarlo perfectamente reglamentado. El Derecho Romano y nuestro moderno Derecho Civil no han desplegado menos cuidado al formular las prescripciones que deben regir este contrato en el que no sólo se interesan las partes contrayentes, sino en que también están de por medio el interés de la prole y el bienestar de la sociedad. Al legislador no se le ha ocultado que los malos casamientos hacen la desgracia de los pueblos y los buenos hacen su felicidad; y por eso, tratando de evitar los primeros, ha impuesto ciertas restricciones, sancionando con la nulidad ú otras penas los matrimonios contraídos en violación de estas restricciones que se llaman impedimentos.

Los impedimentos tienen, pues, dos efectos: 1º, evitar que se contraigan ciertos matrimonios; y 2º, una vez contraídos, penarlos. El primero de estos efectos es anterior al matrimonio; el segundo, posterior.

El error, objeto de mi disertación, lo considera nuestro Código Civil como impedimento; creo que sólo debiera considerarlo como causa de nulidad, pues no evita que se contraiga el matrimonio, cosa que según acabamos de explicar, produce todo impedimento. El error, vicio de consentimiento, sólo puede nacer en el momento mismo de la celebración del matrimonio, que es cuando se requiere el consentimiento, ¿podrá

producir algún efecto anterior al matrimonio, cuando hasta entonces podrá formarse?

II

La frac. III del art. 159 de nuestro Código Civil, dice que es impedimento para celebrar el contrato de matrimonio, «el error cuando sea esencialmente sobre la persona,» y el art. 263 dice, que «el error respecto de la persona anula el matrimonio, sólo cuando entendiendo un cónyuge contraerlo con persona determinada, lo ha contraído con otra.» De dos modos se puede interpretar la palabra *persona*, en el sentido de persona física, individuo, ó en el sentido de persona moral, jurídica, civil. Pero no siempre lo que se puede se debe; ¿en qué sentido se debe tomar aquí la palabra *persona*? Es el problema que ahora nos toca resolver.

III

Desde el punto de vista legal, es decir, según nuestro Código, y desde el punto de vista jurídico, sólo debe considerarse como causa de nulidad el error sobre la persona física. Bajo estos aspectos, no anula el matrimonio, el error sobre la persona moral, sobre las cualidades morales, que es lo mismo. Esta es la opinión que profeso y la que trataré de sostener.

En esta materia los textos romanos se encuentran deficientes, y esto se debe á que la cuestión no tenía interés práctico entonces, y además, á que podían valerse del divorcio que entre los romanos disolvía el vínculo del matrimonio, para lo cual gozaron de amplias facultades los cónyuges, hasta que las leyes Julia y Papia Poppæa y varias disposiciones de los emperadores, limitaron estas facultades.

El Derecho Canónico es el que ya viene dando importancia al error y sus disposiciones á este respecto son la fuente de las legislaciones posteriores. De la lectura de los cánones y de muchos de sus comentadores se saca en conclusión, que el error no hacía el matrimonio nulo, sino cuando recaía sobre la persona misma; pero el error sobre el nombre, la fortuna y otras cualidades de la persona, no viciaban el matrimonio. Se exceptuaba, sin embargo, de esta regla general, el caso de que un hombre se hubiera casado con una esclava, creyendo que era libre. A la regla general se llamó *error* y á la excepción *conditio*.

Las leyes de Partida no hicieron en este punto, sino copiar fielmente al Derecho Canónico.

Al formularse nuestro Código Civil, teniéndose en cuenta el art. 2º de

nuestra Carta fundamental que prohíbe la esclavitud, se suprimió la *conditio* y sólo quedó *error*, que como hemos ya dicho, para nada comprendía el error sobre cualidades. De que se haya suprimido como causa de nulidad, el error sobre la libertad, no hay razón alguna para deducir, que se agregó el error sobre las cualidades morales ó civiles.

El Código de Napoleón, sólo admite el error sobre la persona física, por más que con esto, no quieran conformarse algunos autores. Los miembros del Consejo de estado que redactaron ese código, estaban penetrados de los principios del Derecho Canónico, por consiguiente, éste fué, en la materia que tratamos, el origen del Código francés; tenía por consiguiente que admitir sólo el *error* sobre la persona física, como lo hizo nuestro Código. Los Códigos español, sardo, napolitano y otros, admiten sólo el error sobre la persona física, puesto que consideran el matrimonio como sacramento, ajustándose á la norma del Derecho Canónico. Podemos, pues, decir, que las principales legislaciones sancionan sólo como causa de nulidad, el error sobre la persona física, ¿caso nuestro Código se aparta de estas legislaciones?

Podría objetarse, como lo han hecho algunos autores refiriéndose al Código francés, que sólo en un caso puede presentarse el error sobre la persona física, y que este caso es tan difícil de presentarse, tan quimérico, que no es creíble que los redactores del Código, personas eminentemente prácticas, sólo esto hayan tenido en cuenta al redactar la frac. III del art. 159, y el 263. Esta objeción se contesta diciendo que puede presentarse error sobre la persona física, cuando se contrae matrimonio por medio de procurador. Yo creo que nuestro Código, además de este caso, comprende otro, del que después me ocuparé, quedando así destruida completamente la objeción.

Varias objeciones podrían levantarse en contra de la teoría que defiendo, fundándose en que el matrimonio es un contrato y aplicándole las reglas generales de los contratos; pero esto no es ni legal ni jurídico. No es legal, porque según se deduce de los arts. 1034 y 1036 frac. II, no hay contrato cuando su objeto no se puede reducir á valor exigible; ¡é inténtese reducir á valor exigible el objeto del matrimonio! Así es, que para nuestro Código no es contrato en el sentido que toma esta palabra en su libro III y por consiguiente, no se le pueden aplicar los principios generales de los contratos. No es tampoco jurídico, y para convencerse basta oír á Laurent. Dice el eminente jurisconsulto belga: «Existe una diferencia radical entre el matrimonio y los contratos ordinarios; éstos tienen por objeto las cosas del mundo físico; conciernen á los intereses pecuniarios de las partes que contratan, mientras que el matrimonio es ante to-

do la unión de las almas. El matrimonio es un contrato, es cierto, en el sentido que exige un concurso de consentimiento; en realidad difiere de los contratos de derecho común: ¿cuando se unen las almas, puede decirse que contratan?

IV

En mi concepto, desde el punto de vista moral, sólo debe considerarse como causa de nulidad, el error sobre la persona física, nunca el error sobre cualidades. Dice Demolombe, el gran defensor de la opinión contraria á la que acabo de emitir: «Yo había prometido á Pablo, mi viejo amigo, que habita en Santo Domingo, dar en casamiento, mi hija al suyo. No conocía á este hijo sino por lo que me había escrito su padre y un jóven se presenta como hijo de Pablo. Está provisto de cartas, de papeles, acta de nacimiento y otros que comprueban (en apariencia) su filiación y su identidad; así es que yo consiento, mi hija también y se celebra el matrimonio; pero el fraude se descubre, este hombre no es más que un aventurero ¿podrá pedirse la nulidad de este matrimonio?» Nadie podrá decir que no, y aquí no ha habido error sobre la persona física, únicamente sobre la persona civil; pero el error sobre la persona civil no es sino error sobre cualidades: admitís este error, luego admitís que el error sobre las cualidades puede ser tal en ciertos casos que debe anular el matrimonio. ¿Será posible no sucumbir ante tan brillante y enérgica argumentación del sabio jurisconsulto francés? Ya lo creo que es posible. En el caso que propone, así como en otros que son de igual índole, admito el error sobre cualidades como causa de nulidad, no porque estas cualidades sean de tal ó cual clase, sino porque este error en el fondo, en último resultado, no viene á ser sino error sobre la persona física: el que se hizo pasar por hijo de Pablo era *físicamente* distinto del hijo de Pablo.

Para poner de relieve, la verdad de mi aserto presentaré un ejemplo: Juana se casa con Pedro, creyendo que era hijo legítimo de Pablo, y luego resulta que era hijo natural: aquí ha habido error sobre la persona civil, que según palabras textuales de Demolombe es «ese conjunto de cualidades que individualiza y personifica á cada uno de nosotros á los ojos de la ley,» y á los ojos de la ley, no es lo mismo un hijo legítimo que un natural. Sin embargo, en este caso, ni los autores que militan con el campo contrario al mío, admiten la nulidad. Era natural, tanto en este último caso como en el anterior, hay error sobre la persona civil; pero en el primero el fondo es error sobre la persona física, en este último, nó, sólo hay error sobre cualidades. Un hombre que ha cumplido

una larga condena á consecuencia de un grave delito que cometió, contrae matrimonio con una mujer que ignoraba que fuese delincuente. Descubierto esto ¿podría la mujer pedir la nulidad de su matrimonio? Creo que podría pedirla; pero también creo que los tribunales no se la concederían. Esta mujer no puede invocar que á este hombre le faltan ciertos derechos civiles, que por consiguiente, es una persona que ha sufrido una disminución, que es otra persona distinta de la que se había imaginado: entre nosotros los sentenciados á una pena cualquiera, no pierden sus derechos civiles; cumplen su condena y quedan en el pleno goce de ellos, así es que su situación no es asimilable á la que guarda en Francia un presidiario cumplido, que es respecto del cual se alega lo que antes expuse. Sin embargo, se me podrá decir que si hay casos en que al sentenciado, se le privan de ciertos derechos civiles; pero á eso contestaré que si bien es cierto que en casos enteramente especiales, se pierden algunos derechos civiles, también lo es que nunca se pierden los necesarios para cumplir con las obligaciones que impone el matrimonio ¿por qué ha de afectar al matrimonio la pérdida de derechos que nada tienen de común con él? Todavía se podría alegar en mi contra que sería injusto obligar á esta mujer á vivir con un hombre que tal vez ha sido objeto de la execración pública, manchado quizá con la sangre de alguna víctima inocente. Concedo que es este un caso muy digno de atención; pero muy peligroso sería declarar la nulidad, pues la sociedad entera se vería expuesta á zozobrar, como lo demostraré después.

En 1841 contrajo matrimonio en Estrasburgo Catarina Karm con Antonio Charpion, antes religioso profeso. La primera pidió la nulidad de su matrimonio, alegando que al dar su consentimiento ignoraba que su cónyuge estuviera ligado por votos incompatibles, según sus creencias religiosas, con el estado del matrimonio. En este juicio el abogado Raspier, defensor de Charpion dijo: «Si la creencia particular de un católico puede hacer reconocer para el matrimonio cualidades ó condiciones, que la ley no admitía, mañana los luteranos, los calvinistas, los cuáqueros, estarán en derecho de exigir que los tribunales consagren y garanticen también por sus sentencias, tal ó cual parte de su creencia relativa á la esencia ó á los efectos del matrimonio. La misión de los tribunales ya no será aplicar la ley civil; sino interpretar, consagrar la ley religiosa.»

Al tratar de este caso los que defienden el error sobre las cualidades, ponen el grito en el cielo, claman en nombre de la moralidad. «La ley, dicen, no puede hacer violencia á la conciencia de la mujer y obligarla á permanecer en los lazos de un matrimonio que no es á los ojos de la religión sino un crimen permanente.»

Pero basta ya de argumentos que solo tienden á conmover y á desviar el recto juicio y veamos las consecuencias que acarrearían declarar la nulidad en el caso de que se trata. Lo que se invoca aquí en su defensa, es que, dando una católica demasiada importancia á la calidad de monje, sería inicuo forzar su voluntad, obligándola á vivir unida á este hombre por el que siente repugnancia. Tomando esto por base, si admitimos el error en este caso, tendríamos también que admitirlo cuando una mujer se casa con un criminal, pues ésta puede sentir hacia su cónyuge criminal, la misma aversión que Catarina Karm hacia su cónyuge monje. Admitido el error en este segundo caso, tendremos que admitirlo también cuando se casa un hombre con una mujer que creía virgen y resultó que no lo era, pues ¿con qué derecho un tribunal declara que en este caso no hay la misma aversión del cónyuge que ha sido engañado? ¿acaso los jueces pueden introducirse en la conciencia de este hombre? Admitido el error en los tres casos anteriores tendríamos que admitirlo, cuando un hombre de alta posición social se casa con una mujer de baja posición. La conciencia de este hombre es inaccesible para los jueces, no tienen derecho, por consiguiente, para declarar que no siente profunda aversión por su consorte.

Podría presentar todavía una multitud de casos en que, como sucede en este último, el error es sobre cualidades secundarias enteramente, y sin embargo, tendría que declararse la nulidad: declarada en un caso tiene que declararse en todos los análogos. Entonces el error, sobre cualquiera cualidad por accidental que sea, viciará el matrimonio, y es muy difícil, más bien dicho, imposible, que no yerre un cónyuge en alguna cualidad del otro; resulta que todos los matrimonios podrán ser declarados nulos, y ¿qué garantías tendrán entonces los cónyuges? De esta consecuencia no se espantan los defensores de Catarina Karm; no quieren ver que su teoría abre la puerta á todo género de abusos.

Sobre todo, el argumento que resuelve de una manera terminante y decisiva la cuestión, es éste: Si se admite el error sobre ciertas cualidades, se tendría que admitir sobre todas. Esto hará que la cosa más sencilla, sea la disolución de los matrimonios y encontrándose de tal manera minados éstos, que son los cimientos, la base sobre que descansa el edificio social, irremediablemente tendría éste que venir por tierra. El día que los tribunales declaren la nulidad en un caso en que sólo haya error sobre cualidades, habrán sembrado el germen de la inmoralidad que no tardará en desarrollarse, invadiendo todo el organismo social y convirtiéndolo en un ser sin vida. Tomemos la balanza de la justicia, coloquemos en uno de sus platillos los intereses de unos cuantos y del otro los

interés de la sociedad entera: el fiel de la balanza tendrá que inclinarse del lado de estos últimos.

V

He concluido señores, este ligero estudio sobre el error, en el que no he vacilado en defender una teoría que no obstante los rudos ataques de que ha sido objeto, permanece invencible como la roca que resiste serena los embates de las agitadas y espumosas olas. La opinión que sostengo está apoyada por varios autores, por las principales legislaciones y sobre todo por la conciencia de la sociedad que ve en esta teoría el dique opuesto al torrente de inmoralidad que amenaza desbordarse sobre ella.

Manuel Borja (jr.)



EL ERROR SOBRE LA PERSONA JURIDICA MORAL Y SOCIAL

ES CAUSA DE NULIDAD.

Grave es la cuestión materia del presente debate; y esta gravedad nace de que el error, en cualquiera ciencia en que se estudie, reviste aspectos tan desímbolos y tan extraños, que la inteligencia se sorprende al ver que en cada una de esas ciencias es distinto. Y la razón de esto es que entra en su naturaleza la multiplicidad que se opone directamente á la unidad perpetua de la verdad. Su esfera de acción es tan extensa, como extenso es el campo que abrazan el conocimiento y el discurso humanos, habiendo infiltrado su venenosa ponzoña en todos los ramos del saber, observándose su presencia, lo mismo en las matemáticas que en la sociología, en física que en química, en la astronomía como en la geodesia.

¿Cómo dividir lógicamente la ilimitada pluralidad de los errores? ¿podremos unir, por una especie de lazo, desde los insignificantes, hasta aquellos que bien pudieran tacharse de temerarios, á semejanza del naturalista que limita dentro del círculo estrecho de una rigurosa clasificación, desde el imperceptible microbio descubierto en nuestro siglo, hasta el gigantesco mamuth de las eras prehistóricas? La ciencia del derecho clasifica los errores en extensas líneas; pero no llega á la perfec-

ción de la filosofía que los ordena sistemáticamente, comprendiendo en cortas clasificaciones, tanto el error despreciable cometido en el cálculo, como aquel producto del más extraviado entendimiento, de la misma manera que el músico, encierra en un solo pentágrama la infinita variedad de sonidos de que puede componerse la más modulada sinfonía.

Analizando aun más este punto, encontramos otra dificultad que proviene de la muerte, que por decirlo así, transmite el error á todo cuanto toca. Esta influencia demoledora, se palpa claramente en la historia. Al colocarse hoy los hechos históricos, sobre la plancha anatómica de la crítica, se les purga de todo error, y esto da por consecuencia, el decaimiento de la hipótesis, antaño respetada, la sumersión en las tinieblas y en la nada de esos héroes legendarios y fabulosos, objeto hasta hoy del más ferviente culto, y al arrebatarse con mano despiadada una secular tradición, se arroja á los pueblos al excepticismo de todo lo grande, á la negación de todo lo que antes les conmovía, obligándolos á postrarse de hinojos ante las imaginarias tumbas de soñados caudillos.

Y si esto deja en el ánimo dolorosa impresión, ¿con cuánta más razón será si la nulidad recae sobre hechos enteramente prácticos de cuya validez y vida estamos seguros? En derecho el error es más peligroso, porque atenta inmediatamente contra actos cuya consumación estimábamos cierta; porque rompe y destruye relaciones que juzgábamos eternas. Auméntase todavía la dificultad en la materia que es objeto de este estudio; pues aparte de que es bien sabido que las cuestiones jurídicas más complicadas, son las que versan sobre nulidad; tratándose del matrimonio su invalidación significa un rudo ataque al principio de la indisolubilidad bajo cuyo amparo fué celebrado. Principio que, establecido por el legislador, respetado por la sociedad y aplaudido por la familia, hace de esta liga el más sagrado y solemne de los contratos, como que es no sólo la fatal unión de los cuerpos, sino también la absorción de las almas, la fusión de los corazones. Sin embargo, la ley se ve obligada á admitir tal ruptura por motivos muy poderosos, figurando entre ellos, y no en último lugar, con respecto al caso que nos ocupa, una consideración que arranca del carácter intrínseco, necesario é indispensable del matrimonio, y que desenvolviéndose por lógicas deducciones, nos lleva á concluir que, mantener la unión viciosa es peor mil veces que destruirla, y esto es tan imperiosamente cierto, que basta reflexionar en que el consentimiento es el alma del matrimonio, y que su pureza y perfección se empañan por la presencia del error, por lo que con justicia atrae la atención del legislador que vela solícito por conservar inmaculado un vínculo que deposita en germen los elementos constitutivos de